DUQUE

O al padre. También le conoces. El mejor *grand-danois* de Madrid.

FERNANDA

¿El de Felipe Moncada?

DUQUE

No. Ese es bueno; pero es mejor el de Rafael Ansúrez, de pura raza.

FERNANDA

Á mí me me gusta más el de Moncada. Es más fino.

DUQUE

Pues los inteligentes prefieren el de Rafael, y yo me tengo por inteligente.

FERNANDA

Quien tiene un *fox-terrier* precioso es Conchita Santonja.

DUQUE

¡A mí el que me entusiasma es el *griffon* de Pepe Montero!

CONDESA

*(A la Duquesa.)* Mira qué animados están. *(Levantándose y dirigiéndose á sus hijos.)* ¿Habéis concluído ya de deciros ternezas? Vamos á casa de María Cruz; creo que está muy mala. ¿Irás al Real esta noche?

DUQUESA

Sí; hasta luego.

CRIADO

*(Por la primera izquierda.)* La señora viuda de Uriarte.



CONDESA

*(Con disgusto.)* ¡Petra! Espera, Fernanda. No crea que nos echa. Nos sentaremos.

DUQUESA

¡Por Dios!

## ESCENA VI

DICHOS y PETRA

PETRA

¡Querida Rosario! *(La besa.)*

DUQUESA

¡Amiga mía!

PETRA

¡Adiós, Ramona! ¡Hola, monina! *(Á Fernandita.)* ¿Cómo va, Enriquillo? *(Se sientan.)* Salía de casa justamente cuando recibí tu cartita. Eres muy amable... Yo no había supuesto que fuera olvido. Con la confianza que hay entre nosotras, con saber que tenías gente el martes, me bastaba para considerarme invitada.

DUQUE

*(Aparte.)* ¡Cualquiera te achica!

PETRA

Ya sé de lo que se trata. Lo suponía. Muy bien pensado, hija. Enrique está en la edad crítica de casarse. En pasando un hombre de los treinta, no hay modo de hacer carrera de él. Adquiere costumbres de solterón, está desengañado y aburrido de todo. Al matrimonio hay que llevar algunas ilusiones, un rinconcito del co-

razón sin estrenar; es lo menos que puede exigírsele á un hombre, ¡ya que á nosotras nos exigen tanto! Créelo, me alegro como si fuera cosa mía. Ya sabes cuánto os quiero. Es adoración lo que yo tengo por esta casa.

DUQUESA

Ya lo sabemos, querida Petra, y siempre te hemos considerado como una de nuestras mejores amigas.

PETRA

Pero ¡qué suerte tiene este Enrique! La mejor madre del mundo, una esposa ideal... y una amiga como yo, que nadie sabe lo que le quiero.

DUQUE

*(Aparte.)* ¡Cataplum!

CONDESA

*(Con intención.)* ¡Pues ya se ve, le has conocido tan niño! Le querrás como á un hijo. Si viviera alguno de los tuyos, tendría su edad.

PETRA

¡No me recuerdes tristezas! Hoy estoy muy alegre. ¿Quieres algo para Málaga? Ya sé que está Ricardo allí con Hilario Montes.

DUQUESA

¡Cómo! ¿Vuelves á Málaga?

PETRA

No, ahora voy á las posesiones que tengo cerca de vuestra fábrica. *(A la Condesa.)* Precisamente...

CONDESA

Sí; la conozco. ¡Muy hermosa!



PETRA

Tengo allí asuntos...

DUQUE

*(Aparte.)* ¡Me los figuro!

PETRA

¡Quién sabe! Puede que yo también dé una sorpresa... ¡Oh! ¡Y para algunos lo sería!

DUQUE

*(Aparte.)* ¡Para mí, no!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONDESA

¿No puede saberse?

PETRA

A mi regreso se sabrá todo. No anticipemos los contratiempos. Volveré pronto, y en seguida vuelvo á marcharme por más tiempo. Pero á la boda no falto; vendría aunque estuviera en el fin del mundo. ¿Cuándo será?

CONDESA

No se ha fijado plazo.

PETRA

No será tan de prisa. Los preparativos siempre llevan tiempo, y á última hora siempre ocurre algo imprevisto.

CONDESA

Sí, cierto. *(Levantándose.)* Vámonos, Fernando. Ya nos íbamos cuando viniste y nos detuvimos por saludarte. ¿Cuándo te vas á Málaga?

PETRA

Mañana mismo.

CONDESA

Si ves á Ricardo, dile que apresure la vuelta, y que no sean perezosos para escribir.

PETRA

*(Con retintín.)* Ya, ya les daré recuerdos de tu parte. Adiós, Fernandita. Estarás muy contenta, ¿verdad? Es claro, á tu edad se ve todo de color de rosa.

FERNANDA

¿A mi edad? Y á todas las edades. ¿No me pronostican ustedes que voy á ser muy feliz? Pues por los ojos de ustedes veo.

PETRA

Es verdad. ¿Qué sería la vida sin ilusiones? Para todas las edades hay anteojos de color de rosa y qué mirar por ellos; solo que á la nuestra *(A Ramona.)* son de vista cansada.

CONDESA

O corta.

PETRA

Yo veo mejor de lejos.

CONDESA

Yo de cerca.

PETRA

*(Con naturalidad, cogiendo los impertinentes de Ramona.)* ¡Es verdad! ¡No me sirven tus lentes!

CONDESA

Hasta la noche, Enrique. Adiós, Petra, y no olvides mis encargos.

PETRA

Descuida. Tengo la seguridad de ver á Montes en cuanto llegue, y espero que también veré á Ricardo.



CONDESA

De seguro *(Aparte.)* ¡Si fuera verdad lo que sospecho! *(A la Duquesa.)* Por favor, no salgas; Enrique nos acompaña.

DUQUESA

Hasta luego entonces. Hasta luego, Fernandita.

FERNANDA

Hasta luego. *(A Enrique.)* No vayas muy tarde. *(Salen las dos, seguidas de Enrique.)*

## ESCENA VII

PETRA, la DUQUESA y después ENRIQUE

DUQUESA

*(Sentándose.)* ¿Qué mona es Fernandita, verdad?

PETRA

Tiene á quién parecerse. ¡Porque, cuidado si Ramona es guapa! No pensará ella que hago tan buenas ausencias suyas. ¡Ramona me quiere muy poco, ya lo sé!

DUQUESA

¡Bah! ¿Porqué no ha de quererte? A mí siempre me habla muy bien de ti.

PETRA

¡Qué vas á decirme! *(Viendo entrar á Enrique.)* Conque señor Romeo, ¿ha hecho usted firme propósito de la enmienda, disponiéndose para el nuevo estado?

DUQUE

¡Por Dios! No es trance de muerte, y mi vida no ha sido tal, que haya de costarme esfuerzo enmendarla.

DUQUESA

No. Enrique es juicioso. Será un buen marido. Su vida de soltero no ha sido desordenada. Algunas aventurillas... alguna sobre todo... muy disculpable, eso sí... muy disculpable.

DUQUE

*(Bajo á Petra.)* Mamá lo dice. ¡Muy disculpable!

PETRA

*(Lo mismo al Duque.)* ¿Debo dar las gracias?

DUQUESA

Pero sepamos. Antes me dejaste con curiosidad. ¿Qué sorpresa nos preparas? ¿Puede saberse?

PETRA

¡Ya lo creo! Para ti no hay secretos. Sobre que ya no puede tardar en saberlo todo el mundo. Me caso.

DUQUE

¿Con Hilario Montes?

PETRA

¿Lo sabías? ¡Para guardar en este Madrid un secreto!

DUQUESA

¿Es verdad? ¡Pues sí que es sorpresa! ¡Vaya con la viudita impenitente! Pero, ¿cómo te has decidido? ¡Y con Montes! ¡Yo ni sabía que fuese amigo tuyo!

PETRA

¡Como que no lo era! Te explicaré cómo ha sido. Así como así, me conviene explicárselo á los demás, para ver si acabo por entenderlo yo misma. La verdad es que yo, por mí, me hallaba muy á gusto viuda y libre,



y bien sabe Dios que no pensaba en reincidir, créelo. Pero de algún tiempo á esta parte, y á pesar mío, he cambiado de idea. ¡Ay, querida Rosario! Yo quedé viuda muy joven. Tú no sabes lo difícil que es para una mujer comportarse en situación tan equívoca, tan ocasionada á interpretaciones maliciosas. Ni mi carácter ni mis relaciones sociales me permitían vivir apartada del mundo. He frecuentado reuniones, teatros, bailes... No ignoras lo que de mí se ha dicho.

DUQUESA

¡Quién hace caso!

PETRA

¡Y de quién no dirán!

DUQUESA

Eso debe consolarte.

PETRA

Pero volviendo á la historia de mi boda: como te digo, yo nunca había tratado á Montes con intimidad, y para que veas, casi me era antipático. Eso de que á todas horas le llamen á uno el acaudalado y el opulento, qué quieres que te diga, me parece ordinario.

DUQUE

Pues según va todo, no hay nada más extraordinario.

PETRA

En fin, verás. Durante mi última estancia en Málaga, fué Montes allá, á negocios de sus fábricas y á disponer lo necesario para edificar el Asilo de obreros impedidos, del cual es fundador; una obra excelente, dicho sea de paso. Tratamos de la venta de unos terrenos. Con este motivo frecuentó mi casa, me obsequió con ejemplares

rarísimos de orquídeas; *il se mit en frais*, como dicen los franceses; por último, después de manifestarme viva simpatía, se lamentó de que todo el mundo le creyera feliz porque tenía dinero, cuando no lo era, no podía serlo... porque... aquí en confianza, me habló mal de Ramona, pero muy mal. (*Movimiento de desagrado en la Duquesa.*) No te alarmes. Todo queda en familia... Es el caso, que Montes tiene una hija.

DUQUESA

Yo creí que no se había casado.

PETRA

Quedó viudo al año de su matrimonio con una criolla. Dejó á su hija al cuidado de unas hermanas de la madre, allá en Málaga, y allí se ha criado y se ha hecho mujer, porque ya tiene diez y nueve años. Pero hace dos que una de las tías de la niña se casó con un perdulario, y la otra murió á poco, y he aquí que Montes no sabe qué hacer con su hija, porque le es muy duro dejarla entre personas extrañas y durísimo traerla consigo... porque hay quien se opone... y en fin, me dió lástima, puedes creerlo. Hice que me presentara á la niña, que estaba en un colegio, la pobre criatura. ¡Figúrate, á los diez y nueve años! Yo le propuse tenerla en mi casa mientras yo permaneciera en Málaga, y á mi regreso dejarla con una señora inglesa, viuda muy respetable, que vive de dar lecciones de idiomas. Aceptó agradecidísimo mi ofrecimiento; la muchacha, loca de alegría, me tomó gran cariño, y el padre...

DUQUESA

Comprendió que el problema estaba resuelto.



PETRA

Esa es la historia. Yo bien supongo que la gente hablará, que andaremos en lenguas, que se comentará de mil modos... Mi conciencia está tranquila. ¿Qué pueden decir? ¿Que me caso por el dinero de Montes? No soy rica, pero puedo vivir muy bien, como he vivido hasta ahora; todo el mundo lo ha visto; no soy amiga de ostentaciones ni despilfarros. Además, Montes tiene una hija, y ella ha de heredarle naturalmente. En posición social, más pierdo que gano; mi padre me dejó un nombre ilustre, y mi primer marido la consideración de su celebridad política. Digan lo que quieran. Me caso, en primer lugar, por esa pobre niña; después, porque Montes me quiere con todo su corazón, y el mío necesita un cariño sincero, para no morirme á la vejez de frío, entre lisonjas de farsantes y calumnias de malvados.

DUQUE

¡Farsantes! ¡Malvados! ¿Nada más hallaste en nuestra sociedad?

PETRA

Sí. Algunos amigos fieles, logrados á costa de sacrificar mucho á su amistad y de no exigir nada en pago.

DUQUE

¡Misantrópica estás!

PETRA

Es que me caso. (*Levantándose.*)

DUQUESA

¿Nos dejas? (*Idem.*)

PETRA

Tengo que hacer unas visitas. ¡Por Dios, guárdame por unos días el secreto! Pocos serán. A mi regreso ha

de saberse todo. Angelita vendrá conmigo. Angelita se llama la hija de Montes, y ya no puede haber misterios. Adiós, querida. ¡Cuánto siento no asistir al baile! Será magnífico, como cosa tuya, y en esta ocasión no hay que decir. *(A Enrique.)* ¿Irás esta noche? Tengo que hablarte.

DUQUE

Iré.

PETRA

*(A la Duquesa que la va á acompañar.)* ¡No, no te molestes! Adiós, Rosario. *(Sale.)*

## ESCENA VIII

La DUQUESA, el DUQUE; luego el CRIADO

DUQUESA

*(Sentándose.)* ¡Qué te parece?

DUQUE

Nada. No me coge de susto. Lo suponía hace tiempo.

DUQUESA

Pero ¿qué hija es esa de Montes? ¿Cuándo estuvo casado?

DUQUE

Nunca. Esa hija es una hija natural; un pecadillo de la juventud. Ahora piensa reconocerla, influído por Petra, que se ha dado muy buena maña para inspirarle el sentimiento de la paternidad como único medio de desarraigar otros sentimientos menos santos, que á ella no le convenían para su propósito.



DUQUESA

¡Vaya, no hay que pensar mal! Bien considerado, debemos alegrarnos. Casada Petra, Ramona no verá un peligro en ella para la felicidad de su hija.

DUQUE

¿Ramona? Ramona preferiría verla en relaciones conmigo, aun casado yo con su hija, á verla casada con Montes.

DUQUESA

¡No digas disparates! Eso es monstruoso. ¡Una madre?...

DUQUE

Yo te digo que la boda de Petra con Montes cambia el aspecto de muchas cosas; y que por mi parte, lo pensaré mucho antes de dar un paso decisivo en mi vida.

DUQUESA

¿Qué quieres decir? ¿Qué tenemos que ver nosotros?...

DUQUE

Mira, mamá. Si no hablamos claro, no nos entenderemos. Tú sabes como yo, como todo el mundo, que la posición de los Fondelvalle depende principalmente de la de Montes, de sus negocios, de sus especulaciones; que Ramona contaba con que la heredera universal de Montes sería Fernandita...

DUQUESA

¿A título de ahijada de boda?...

DUQUE

A título de... no sé de qué. No me gusta meterme en averiguaciones. Pero ahora, esa hija reconocida, la boda

con Petra, el carácter de Ramona... Te digo que cambia el asunto, que debemos pensarlo.

DUQUESA

Pero ¿cómo? ¿Pensar en qué? ¿En romper tu boda con Fernanda? ¡Imposible!... ¡Anunciada oficialmente! Ni me harás la ofensa de suponer que entraban en mí esos cálculos interesados. ¡Fernandita es quien es por sí misma, herede ó no herede á su padrino, digan lo que digan los maldicientes de su pobre madre!

DUQUE

Sí, sí; muy bonito todo así dicho... pero yo no me caso sin dinero. No estoy dispuesto á soportar en el matrimonio la vida humillante del aristócrata tronado. Ya la soporto soltero á duras penas.

DUQUESA

¡Ah! ¿Te consideras un aristócrata tronado? ¿Qué vida llevas que no corresponda á tu posición? ¿Qué humillaciones soportas?

DUQUE

Sería muy largo de explicar y no me entenderías. En tus tiempos la aristocracia deslumbraba con el brillo de sus títulos. Hoy, un título lo tiene cualquiera; se dan y se venden por nada, y al que tiene dinero y lo sabe gastar, nadie le pregunta de dónde ha venido. Ya verás á Montes una vez casado con Petra, mujer distinguida; dirigido por ella, será más estimado en todo Madrid que nosotros; su casa será un centro de reunión más distinguido que la nuestra, y su hija, esa hija natural, heredera de un capital inmenso, se casará... con quien ella quiera, con el más linajudo, con el más aristócrata... ¡conmigo si me conviene!



DUQUESA

¡No digas desatinos! ¿Tú con la hija de Montes?

DUQUE

No digo que será. Digo que bien pudiera ser, que merece pensarse y que lo pensaré.

DUQUESA

¡Calla, calla! ¡Acabaréis por volverme tonta!

CRIADO

(*Entrando.*) Con permiso. El coche del señor Duque está enganchado. (*Sale.*)

DUQUE

Voy allá. Como esto: ¡tú creerás que es muy divertido presentarse en paseo guiando ese par de rocinantes!

DUQUESA

¡Un tronco magnífico, que costó en París treinta y dos mil francos!

DUQUE

Sí, cuando los cambios estaban bajos. ¡Bonita figura hacen ahora subiendo la cuesta de la calle de Alcalá! ¡La irrisión de la gente!

DUQUESA

No parece sino que en Madrid hay tantos caballos de lujo. Cuenta; dos ó tres cuadras bien presentadas. El Retiro *no es el Bois* ni *Hyde Park*.

DUQUE

Eso sí. ¡Hay en Madrid cada tronco de caballos blancos, que fueron tordos, envejecidos al calor de la fami-

lia! Pero no es razón para que no tengamos un caballo presentable. Es una vergüenza, mamá.

DUQUESA

¿No te dije que compraras los de Benito Anduaga? Yo los hubiera pagado.

DUQUE

Es que no quiero que me pagues nada. No me gusta vivir á costa de nadie; por eso necesito dinero mío, y por eso no me casaré sino con quien lo tenga. He dicho. Hasta luego.

DUQUESA

¿Irás al teatro?

DUQUE

Iré... Pero no te impacientes; iré tarde...

DUQUESA

¡Pero hijo!

DUQUE

Descuida. Iré antes de que la tiple se vuelva loca, que suele ser momentos antes de que el tenor se mate. Adiós, mamá. (*La da un beso en la frente y sale por la primera izquierda, mientras cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

(La misma decoración del acto primero. Al levantarse el telón se oyen dentro los últimos compases de un vals.)

## ESCENA PRIMERA

ANSÚREZ, ISIDORO, PILAR, CONCHITA y LILÍ

ANSÚREZ

¡Qué guapísima está Conchita Borines!

ISIDORO

Es una mujer de primera.

ANSÚREZ

¿De primera? Es poco: de *sleeping-car*.

ISIDORO

¡Cómo se ciñe... bailando!

ANSÚREZ

Trae un escote sugestivo.

ISIDORO

En eso de escotes, la que me ha dado un chasco es Lilí Acevedo. ¡Caracoles! ¡Con aquella carita!